



Introducción

MONSTRUOS DE CONTINUO

Eduardo Vilas

ILUSTRACIÓN

Francis Picabia

La parada del amor

Colección privada



EN LA BIOGRAFÍA DEFINITIVA, ESCRITA por Abraham Pais, sobre Niels Bohr, el único danés que hasta ahora ha ganado el premio Nobel de Física, no aparece esta anécdota. En uno de los exámenes de acceso a la Universidad de Física de Copenhague, a la

13

pregunta «Describe cómo se puede determinar la altura de un rascacielos con un barómetro», Bohr contestó: «Se ata una larga cuerda al cuello del barómetro y se descuelga desde el tejado hasta el suelo. La suma de la longitud de la cuerda más la longitud del barómetro darán la altura del rascacielos».

El profesor, a quien no debía de gustarle nada la idea de que todo lenguaje es metafórico, suspendió a nuestro alumno, sin poder negar que la respuesta era correcta, pero aduciendo que nada tenía que ver con la física.

A fin de resolver el problema se decidió llamar al estudiante y concederle seis minutos para que diera una respuesta oral que satisficiera al profesor y que tuviera al menos cierta familiaridad con los principios básicos de la física.

Durante cinco minutos nuestro estudiante permaneció en silencio y solo al recordarle que le restaban sesenta segundos para aprobar el examen, se levantó como quien se despierta de una siestecita y, sin levantar apenas la voz, dijo: «Se puede llevar el barómetro hasta el tejado del rascacielos, dejarlo caer y medir el tiempo que tarda en llegar al suelo. La altura del edificio puede calcularse a partir de la fórmula $h = 1/2gt^2$. Pero adiós barómetro».

Claro que si hiciera sol, se podría medir el barómetro, ponerlo vertical, medir la longitud de su sombra y medir también la longitud de la sombra del edificio. Después, con un simple ejercicio de aritmética podríamos calcular la altura del rascacielos.

Aunque, si lo que se me exige es que sea lo más científico posible, podría atar un corto cabo al barómetro y hacerlo oscilar, primero a ras del suelo, y después en el tejado. La altura se calcula por la fuerza gravitatoria restauradora $T = 2\pi\sqrt{m/g}$

Igualmente científico y ortodoxo, de tener el rascacielos escalera de incendios exterior, sería subirla y marcar la altura del rascacielos en longitudes de barómetro y sumarlas después.

Más correcto y aburrido sería utilizar el barómetro para medir la presión del aire en el tejado, hacer lo mismo a ras de suelo y convertir la diferencia de milibares en metros, que sumarían la altura del rascacielos.

Ahora bien, teniendo en cuenta que a toda hora se nos exhorta a ejercer la independencia mental y a aplicar métodos científicos, indudablemente la mejor manera sería entrar

en el edificio y decirle al conserje: «Si usted quiere un bonito barómetro nuevo, le daré este si me dice la altura del rascacielos».

N. Katherine Hayles, amiga nuestra y doctora en Química y Filosofía, ya hace algunos años que viene preguntándose por qué diferentes disciplinas, lo suficientemente apartadas entre sí como para que la influencia directa parezca improbable, se han dedicado más o menos al mismo tiempo a estudiar problemas similares y basan sus suposiciones en supuestos isomorfos. Ella sospecha que la explicación más plausible es cultural, y son los profesores de Física como el de la Universidad de Copenhague los que nos obligan a darle la razón, porque en cierto sentido todo lenguaje es metafórico.

Cuando un agente de la propiedad inmobiliaria nos dice que el piso que estamos viendo tiene cuarenta metros cuadrados, está comparando la superficie del piso con una medida estándar. Cuando un científico nos dice que el diámetro de una molécula es de 2,5 ángstroms, el patrón ha cambiado, pero el procedimiento es el mismo. Cuando Bohr dice que se puede medir la altura del rascacielos atando una cuerda al barómetro y dejándolo caer desde el tejado, está aportando una solución al problema planteado, pero lo hace con un lenguaje que no representa tanto a la física como a la literatura, aunque el procedimiento sea el mismo, es decir, metafórico. Se entiende un objeto en relación con otra cosa. Un objeto completamente único, si tal cosa fuese imaginable, no se podría describir: al carecer de conexiones metafóricas, sería inexpresable. Aun así y aunque sigan el mismo

procedimiento y las soluciones aportadas en uno y otro caso sean igualmente correctas, hoy por hoy, el lenguaje científico y el literario están tan alejados, hace tanto tiempo que no se tocan, que cuando uno de ellos plantea una pregunta, ya no acepta una respuesta, por muy exacta que sea, si no se da en su propio idiolecto. Algunas de las obras más sobresalientes de la ciencia y de la literatura nos han demostrado que no siempre fue así.

De los innumerables ejemplos que nos ha dejado la historia, tal vez sea *De rerum natura*, de Lucrecio, el más sobresaliente, el que mejor cumple los requisitos de la poesía impura, de la obra singular que aúna poder rítmico, de sintaxis y de imágenes, con una exposición cerrada y completa de un sistema científico, una física completa.

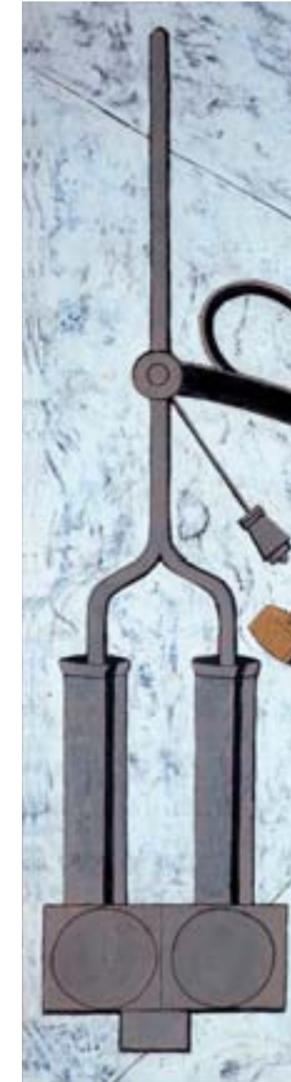
*No creamos que se puede mutuamente
toda especie de átomos unirse;
pues se verían monstruos de continuo,
existirían hombres medio fieras
y de un animal vivo nacerían
frondosos ramos; se unirían sustancias
terrestres y marinas; las quimeras
lanzando fuegos de su horrible boca...*

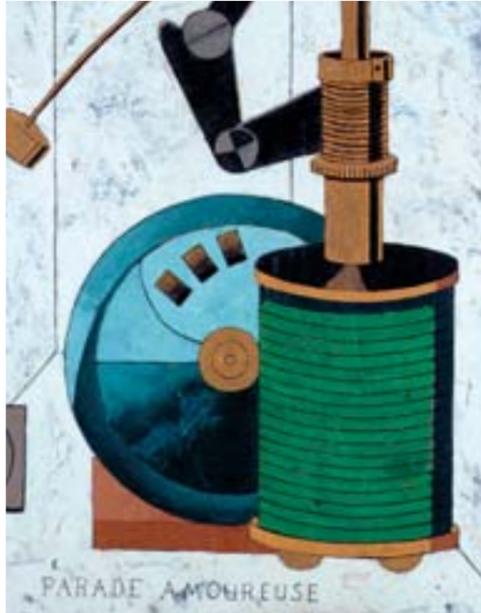
*... empero, las moléculas extrañas
que no han podido unirse ni animarse,
ni consentir vitales movimientos,
Naturaleza las arroja al suelo,
o por inacción se libra de ellas.*

No deja de ser una anécdota o una sospecha el hecho de que en el poema más impuro de la historia ya se nos haga una advertencia de su carácter y de la necesaria división de los lenguajes y de las metáforas, pues mientras la ciencia estudia y analiza los átomos que pueden mutuamente unirse y organizar el mundo, la literatura será ese espacio en el que existirían hombres medio fieras y se verían monstruos de continuo. El espacio de la excepción, de lo raro.

Sin embargo, y sin salir de estos versos, no es la primera vez que ocurre ni será la última en la que la literatura descubre hechos que las ciencias han confirmado con posterioridad; encontramos algunas certezas que, sin duda, no pasaron desapercibidas para ese maleante que fue Charles Darwin.

En el atomismo griego, tan bien cantado por el romano Lucrecio, puede intuirse la base de la tesis de la selección natural y el origen de las especies, que no es más que el orden en el tiempo geológico de esos átomos que no pueden mutuamente unirse a todas las





18

especies y de lo que ocurre con los que sí pueden.

¿Cree alguien que, si *El origen de las especies* hubiese sido escrito en versos hexamétricos, hubiera tenido la misma repercusión?

No exento de poesía, el texto de Darwin viene a confirmar las sospechas de Lucrecio.

¡Qué fugaces son los deseos y esfuerzos del hombre! ¡Qué breve su tiempo! Y, por consiguiente, ¡qué pobres serán sus resultados en comparación con los acumulados por la naturaleza durante períodos geológicos enteros!

Metafóricamente, puede decirse que la selección natural está buscando cada día, cada hora, por todo el mundo las más ligeras variaciones, rechazando las que son malas, conservando y sumando todas las que son buenas, trabajando silenciosa e insensiblemente cuandoquiera y dondequiera que se ofrece la oportunidad, por el perfeccionamiento de cada ser orgánico en relación con sus condiciones de vida. Nada vemos en estos cambios lentos y progresivos hasta que la mano del tiempo ha marcado el transcurso de las edades; y entonces, tan imperfecta es nuestra visión de las remotas edades geológicas que vemos solo que las formas orgánicas son ahora diferentes de lo que fueron en otros tiempos.

Aplicadas a la historia general del lenguaje las ideas de la selección natural y el origen de las especies, y *una vez que*

la mano del tiempo ha marcado el transcurso de las edades, puede afirmarse con rigor científico que de la misma manera en la que se han ido separando las placas tectónicas que sostienen a flote a los continentes se han ido alejando los lenguajes que tratan de definir el mundo. Por eso, si hoy un autor contemporáneo se propusiera escribir una obra singular, que fuese, por un lado, el gran ejemplo de la poesía impura y con un poder sin igual de ritmo, de sintaxis y de imágenes, y que, por otro lado, fuese una exposición cerrada y completa de un sistema científico, una física completa, no le quedaría otra que regresar al siglo I a. de C., asesinar a Lucrecio y firmar con un nombre nuevo los seis libros que componen *De rerum natura*.

Con tanto mar y tanto tiempo de por medio, una antología de ficciones sobre temas científicos no podía ser otra cosa que una antología de excepciones. Aunque todo libro de ciencias, y las ciencias no admiten excepción, requiere cuando menos un método científico de clasificación.

Tan refutado como Aristóteles, el epistemólogo positivista Rudolf Carnap, convencido de que a los problemas planteados por el argumento y por la metafísica solo se puede responder con proposiciones carentes de significado universal, y que, por lo tanto, no son más que pseudoproblemas —o, por decirlo de otra manera, átomos que no pueden mutuamente unirse—, realizó una clasificación de las ciencias en tres categorías: ciencias formales, ciencias naturales y ciencias sociales. La primera categoría se encarga de las formas válidas de deducción y abarca la lógica y las matemáticas. Las ciencias incluidas en la segunda categoría (astronomía, biología, físi-

19

ca, química, geología y geografía física) tienen por objeto el estudio de la naturaleza. Por último, las ciencias pertenecientes a la última categoría (antropología, ciencia política, demografía, economía, historia, psicología, sociología y geografía humana) se ocupan de los aspectos del ser humano. En esta antología hay un cuento, una excepción para cada una de ellas.

Y aunque cada una de las ciencias aquí clasificadas por relatos ha sido atomizada hasta el agotamiento, estos textos exponen una excepción, un caso en el que de las ciencias principales se ofrece un discurso o un suceso, un caso en contexto. El lenguaje científico, necesariamente obcecado con lo objetivo, anula el contexto para dar con sus reglas, con sus fórmulas irreductibles. Sabemos que un terremoto es una sacudida de la tierra producida por el choque de las placas tectónicas y por la liberación de energía en el curso de una reorganización brusca de materiales de la corteza terrestre, y que los más corrientes son aquellos que se producen por la liberación de energía potencial elástica acumulada en la deformación gradual de las rocas contiguas al plano de una falla activa si bien también sabemos que hay otros que se deben a procesos volcánicos, o a hundimientos de cavidades kársticas o a movimientos de ladera. Claro que para saber de otra manera, para ver de cerca, para acercarse al acontecimiento y contemplarlo a través de los otros, un texto como «El terremoto de Chile» de Heinrich von Kleist, por poner un ejemplo de los que se incluyen en esta antología, sin duda nos da una idea menos reduccionista, más activa y mucho más compartida de lo que supone el choque de dos placas tectónicas.

20

De esta enorme separación que han padecido los lenguajes, los procedimientos y las conclusiones de las ciencias y de las letras para nombrar al mundo, si queda una muestra que no haya padecido cambio alguno, si queda una sola imagen inamovible, tal vez sea la del espíritu de los hombres que, dedicados indistintamente a las ciencias o a las letras, han sabido mantener, como si de ninguna otra manera fuera posible, ese ánimo que les concede una enorme capacidad de abstracción sobre el mundo para nombrar al mundo, sin que ningún idiolecto sea capaz de dividirla o de distraerla en otra dirección. Cuando Wordsworth habla de alguien iluminado por este espíritu, ya sea hombre de ciencias o de letras, habla de

*alguien capaz de mirar y estudiar las plantas
sobre la tumba de su madre.*

Esta antología reúne cuentos independientes con algunos fragmentos de obras mayores —siempre perfectamente comprensibles aun para quienes no conozcan sus contextos originales—. Algunas de estas narraciones han exigido, para su extracción de las obras originales, cortes o mínimas interpolaciones; tales intervenciones no aparecen señaladas en el texto, puesto que nuestro propósito ha sido ofrecer una lectura amena e intensa, en absoluto académica. El lector interesado encontrará en las fichas que preceden a los textos reseñas de ediciones de calidad y al mismo tiempo accesibles, cuando estas existen.

21